

Discursos

↓

Punto de la Ceremonia



Testera .
Abre la sesión el Pdlé. de la Junta Directiva don Soler von Oppen B.

CEREMONIA EN HOMENAJE A DON PEDRO IBAÑEZ OJEDA

JUEVES 12 DE AGOSTO 1999

L Don Pedro Ibáñez Ojeda, nacido en 1913 y fallecido el 29 de junio recién pasado, fue el fundador de la Escuela de Negocios de Valparaíso, hoy Universidad Adolfo Ibáñez e inspirador y realizador de la vasta labor educacional que se forjara en las ideas postuladas hacía muchos años por su padre, don Adolfo Ibáñez Boggiano. Hoy queremos rendirle un afectuoso homenaje al testimonio que a lo largo de su trayectoria nos entregara don Pedro, a través de esta ceremonia académica a la que en que damos inicio:

L Presiden esta ceremonia:

- **Don Sven von Appen Behrman, Presidente de la Junta Directiva.**
- **Don Juan Ignacio Domínguez Covarrubias, Rector de la Universidad .**

Los acompañan:

- **Don Carlos Francisco Cáceres C. Profesor y Consejero de la Junta Directiva de la Universidad.**
- **Don Ricardo Claro Valdés, Presidente de la Compañía Sud Americana de Vapores,**
- **Don Gustavo Lorca Rojas, consejero de la Fundación Adolfo Ibáñez,**

L Realzan con su presencia esta ceremonia, miembros de la familia de don Pedro Ibáñez Ojeda.

L Abrirá la sesión el señor Sven von Appen Behrman.

Los invito a ponerse de pie.

Sven von Appen: En el nombre de Dios se abre esta Sesión Académica Solemne en homenaje a don Pedro Ibáñez Ojeda, fundador de esta Universidad.

L A continuación escucharemos al Coro de la Universidad.

CORO

L Hace uso de la palabra el Rector de esta Casa de Estudios, don Juan Ignacio Domínguez Covarrubias.

HABLA EL RECTOR

L Se dirige a ustedes don Ricardo Claro Valdés, quien hará una semblanza de don Pedro Ibáñez empresario.

HABLA RICARDO CLARO

CORO

L Don Gustavo Lorca Rojas, ex-diputado de la región y ex-alcalde de Viña del Mar, se dirige a ustedes para destacar a don Pedro Ibáñez como hombre público.

HABLA GUSTAVO LORCA

CORO

MIENTRAS CANTA EL CORO LOS QUE PRESIDEN SE
TRASLADAN A LOS SITIOS INDICADOS POR MARIA
VERONICA GUBLER

L La Comunidad Universitaria quiere rendir un homenaje a su fundador a través de los recuerdos de su vida que veremos a continuación:

PROYECCION DEL VIDEO

L Don Carlos Francisco Cáceres, su discípulo, nos hará la semblanza de don Pedro Ibáñez Ojeda, maestro.

HABLA CARLOS FRANCISCO CACERES

L El diputado don Gonzalo Ibáñez Santa María, en nombre de su familia, nos dirigirá unas breves palabras.

PALABRAS DE GONZALO IBAÑEZ S.M.

L El Coro interpreta *SALVE REGINA*

CORO

L En nombre de la Universidad y de la Familia de don Pedro Ibáñez Ojeda agradecemos su presencia en este Acto.

Discurso del Rector
Ceremonia en homenaje a Pedro Ibáñez Ojeda
12 de agosto de 1999, Recreo, Viña del Mar

Señor Presidente de la Junta Directiva

Señores miembros de la Junta Directiva y Consejeros de la Fundación Adolfo Ibáñez

Familiares de don Pedro Ibáñez O.

Autoridades académicas

Señores invitados especiales

Señores profesores, estimados alumnos, personal administrativo

Señoras y señores...

Hoy la Universidad Adolfo Ibáñez ha convocado a sus integrantes e invitado a los familiares y amigos de don Pedro Ibáñez para rendir un solemne homenaje a su fundador. En el patio central de su casa de estudios queremos recordar a don Pedro y ratificar nuestro compromiso institucional con su legado.

Hay momentos en que, misteriosamente, se unen la alegría y el dolor.

La muerte de don Pedro Ibáñez ha sembrado la congoja en tantos que lo conocieron, quienes forman su familia, y en muchos que se beneficiaron de su amistad, de sus enseñanzas y de sus consejos.

Pero su partida también ha sembrado una alegría serena., aquella alegría serena que brota de contemplar el trabajo acabado, la tarea cumplida, el fruto cuajado.

En repetidas ocasiones, en esta Universidad, don Pedro repitió unas palabras de Alfred de Vigny que él había tomado casi como lema: "*Una vida bella es un pensamiento de la juventud realizado en la edad madura.*"

Hoy podemos decir que esa frase resume perfectamente la existencia de Pedro Ibáñez y su relación con la Universidad.. En la edad madura él vio hecho realidad muchos ideales de juventud. Pero la concreción de ellos fue el fruto de una vida llena de luchas, donde no faltaron las contradicciones y dificultades; de una vida que, a fuerza de vencerse y de vencer, se transformó en algo hermoso y digna de ser imitada, una vida bella.

A quienes formamos parte de la Universidad, creo que lo más importante que nos ha dejado don Pedro, al igual que muchos otros grandes hombres, es su ejemplo: una senda trazada que ha de recorrer todo aquel que de verdad quiera llegar, al final de sus días, diciendo que en la edad madura se han hecho realidad los ideales de juventud. En esta Universidad, a la que él se refería como *“la obra que, en el plano personal, me ha procurado las mayores satisfacciones a que podía aspirar”*, en esta Universidad que es el fruto de su perseverancia, nuestros alumnos vienen a formarse, pero sobre todo a forjar ideales grandes y nobles, como quería don Pedro. Y ese es nuestro principal compromiso con don Pedro, y el legado que debemos transmitir quienes como profesores deseamos ser fieles a la memoria del fundador.

Sabemos que lo anterior no es tarea fácil, pero contemplando la vida y obra de don Pedro Ibáñez lograremos hacerlo. No se trata que nuestros egresados sigan sus mismos senderos en la vida empresarial, política y académica. Se trata solamente que aprendan que una vida bella, en el fondo, es una vida virtuosa. Y es ahí donde cabe la imitación del modelo. Hoy se hablará de Pedro Ibáñez como empresario, político y maestro. En todas estas áreas se destacó y fue brillante. Pero no olvidemos que detrás de ello estaba el *hombre* virtuoso, y ese es el modelo, que como educadores comprometidos con su legado debemos asumir nosotros e inculcar en nuestros alumnos de hoy y mañana.

Es a ese Hombre que está detrás del político, del empresario, del educador, a quien hoy la Universidad Adolfo Ibáñez rinde homenaje y cuyo legado desea perpetuar.

Muchas gracias.

Discurso de don Ricardo Claro V.

Ceremonia en homenaje a don Pedro Ibáñez O.

Recreo, 12 de Agosto de 1999

Conocí a don Pedro en la década de los años sesenta, me parece que a través de Jenaro Prieto, cuando yo tenía alrededor de 30 años. Por casi 3 décadas tuvo gran influencia en mí, lo que agradezco públicamente.

Al poco tiempo de conocerlo me incorporó al Consejo Directivo de la Fundación Adolfo Ibáñez, de la cual dependía la Escuela de Negocios, lo que me permitió alternar con figuras muy destacadas del mundo empresarial, tanto de Santiago como de Valparaíso y conocer a algunos profesores jóvenes como Carlos Cáceres y Gustavo Fonck, que luego se convirtieron en mis amigos.

Don Pedro me dió toda su confianza y muy pronto me empecé a reunir con el en Viña del Mar y después en Santiago, en forma periódica. Me invitó a almorzar, a tomar té o a cenar innumerables veces. A veces solo; en otras ocasiones con otros invitados. En los últimos años, antes de su enfermedad, lo visité a lo menos dos veces al mes, para conversar sobre toda clase de temas.

En todas estas reuniones fui aquilatando las virtudes de don Pedro que lo hacían un empresario superior en la vida nacional, del cual tenía mucho que aprender.

Don Pedro era un hombre serio en el más amplio sentido de la palabra. Era severo en el semblante, en el modo de hablar y de mirar. Pero, más que esto, era importante su palabra, escrita o hablada, que no pasaba jamás desapercibida.

Era, también, un hombre con gran sentido ético, de una honradez poco común en el medio en que vivimos, en que se tiende a transformar lo absoluto en relativo, dentro de un ambiente permisivo.

Esta honradez, a toda prueba, la pudimos apreciar cuando, movido por su espíritu patriótico, decidió involucrarse activamente en política, postulando al Senado de la República. En ese momento abandonó totalmente su participación en la vida de los negocios y se alejó de la dirección de sus empresas. La separación fue tajante, porque el no quería verse o siquiera aparecer mezclado en conflictos de interés o participar en el vicio tan extendido del tráfico de influencias.

¡Que diferencia con algunos políticos actuales que usan sus cargos públicos para obtener beneficios de interés personal, llegando incluso hasta la extorsión!

Se distinguía también por ser un hombre recio, esto es dotado de una gran personalidad, fuerte y vigorosa. Respetaba a la autoridad cuando actuaba en forma legítima, pero no tenía miedo para defender con energía sus derechos frente a decisiones injustas o arbitrarias. Esto le producía fuertes diferencias con muchas personas que preferían buscar arreglos o lograr componendas antes que defenderse frente a las amenazas o los ataques a derechos esenciales. En el fondo no podían entenderlo.

Don Pedro fue también un hombre valiente. Quiero contarles algo que refleja esta cualidad. Durante el período de la mal llamada Unidad Popular, en 1972, se reunió conmigo un día, en mi Estudio de abogado, junto a don Víctor García Garcena, su amigo íntimo y consejero legal de toda una vida. Me expresó que el pensaba que el gobierno haría uso de sus famosos resquicios legales para privarlo a él y su familia de sus empresas.

Me manifestó que no podía encomendarle a don Víctor García la defensa de las empresas de su grupo por estar él inhabilitado, por su decisión de participar también en la vida política parlamentaria.

Lo extraordinario es que me dió una autorización amplia para hacer esta defensa acudiendo a todos los recursos legales, a mi entero arbitrio. Si Ud. encuentra necesario querellarse criminalmente en contra del Presidente Allende, hágalo – me dijo. Debo señalar que en el Estudio Claro y Cía. defendimos a numerosos empresarios agrícolas, comerciales e industriales, pero las facultades que nos dió este cliente fueron las más amplias que yo recuerdo. Don Pedro superaba todo temor.

Como conductor y administrador de empresas fue un hombre audaz para innovar, conservador en el manejo financiero y tenaz para conseguir los objetivos que se había propuesto. Unía a su inteligencia el sentido común y tenía una visión clara para proyectar el futuro. Era, además, una persona estudiosa, que siempre estaba al día de lo que acontecía en Chile y el mundo.

También hay que decir que no era un empresario unidimensional, de esos que sólo se preocupan de las utilidades del balance. Siempre pensó que las empresas están insertas en la sociedad en que uno vive. Por eso su preocupación por la educación, el arte, la cultura y la política.

Hay personas que para alabarlo han dicho, en un simil, que fue un transatlántico; otros, en forma parecida, que fue un acorazado.

Yo difiero. Al transatlántico lo asocio con el placer, con el lujo, con hombres ricos jubilados.

Al acorazado lo asocio mentalmente con un instrumento de guerra del pasado, ya caduco.

Don Pedro Ibáñez Ojeda fue nada más y nada menos que un gran hombre. Uno que supo aprovechar los talentos que le dió el Creador para formar, junto a doña Adela una familia ejemplar; para actuar con ética e inteligencia en el campo empresarial; para preocuparse de la educación y, en fin, para entregarse por entero a su Patria.

Ricardo Claro Valdés

Presidente Sudamericana de Vapores

Discurso pronunciado por don Gustavo Lorca R.
En Ceremonia en homenaje a don Pedro Ibáñez Ojeda
Recreo, jueves 12 de agosto de 1999

La invitación de la Universidad para intervenir en este homenaje a Pedro Ibáñez y abordar la dimensión política de su personalidad, me compromete en un doble aspecto. En primer lugar, porque gracias a su estímulo e inspiración debo el haber dedicado parte importante de mi vida al servicio público, afianzado a través de los años por una relación de compañerismo en las tareas parlamentarias que estuvo marcada por la más leal camaradería. Y además, porque fui testigo directo de la labor política que Pedro realizó en el ámbito de la región, de la cátedra universitaria, del trabajo partidista, del Congreso, de los medios de comunicación y en fin, allí dondequiera que fuese necesario defender ideas, advertir errores, llamar a alerta y movilizar voluntades en beneficio del proyecto de país que Pedro anhelaba para nuestra patria.

Por lo mismo, esta invitación me emociona profundamente y la he aceptado como un tributo de amistad y también como testimonio de mi admiración a quien marcó rumbos indelebles en el devenir político de las últimas décadas.

Finalizamos el presente siglo y ya en el umbral del nuevo milenio, nos acosan más las incertidumbres que las certezas. Pese a los vaticinios optimistas surgidos a fines del novecientos, en este siglo veinte no hemos avanzado significativamente en el afianzamiento de fórmulas de convivencia que promuevan una mayor felicidad en los individuos, ni logrado consolidar sistemas de gobierno que aseguren el progreso y la armonía de las sociedades. Mientras el desarrollo de la ciencia y la tecnología, y para que decir los alcanzados en los campos de la cibernética o la informática, nos asombran a diario con sus logros rápidamente perceptibles por la multitud, los pueblos siguen con experiencias que resultan precarias o inadecuadas para sus requerimientos. Asimismo, los países continúan víctimas de las luchas por el poder, libradas en nombre de las mismas aspiraciones que representaron los postulados renovadores de la

democracia liberal surgida a mediados del siglo precedente.

Esta confrontación entre los resultados sorprendentes de la ciencia y de la tecnología, que maravilla por sus avances materiales, y el desencanto que produce el poco éxito de los sistemas de gobierno, que hacen perdurar o retardar las aspiraciones sociales, ha producido entre otros efectos, el descrédito de la función pública y el desprestigio de quienes las ejercen. Los dirigentes políticos son señalados como culpables por no ser capaces de articular mecanismos de gobierno eficientes para solucionar los conflictos sociales, ni consolidar el progreso generalizado de las sociedades.

Pero lo que se olvida en esta apreciación, es que la política más que una ciencia, es fundamentalmente un arte que debe combinar capacidades y virtudes, conocimientos y vocaciones, normas éticas y habilidades intelectuales, que son propias de los individuos más selectos. Si tales exigencias no se dan o si solo concurren medianamente en los líderes políticos, el desencanto y la frustración se transforman en el principal factor que impide que la política contribuya a asegurar el bienestar colectivo.

Pedro Ibáñez tuvo clara conciencia de esta realidad y procuró en todos los actos de su labor política ajustar su conducta a las más exigentes normas de la ética, y a la objetiva apreciación de las circunstancias en que debía actuar. Fue un hombre que supo conciliar perfectamente el pragmatismo con la ideología y rechazar tanto la dosis de cinismo que caracterizan a la praxis política, así como evitar caer en la frecuente ingenuidad que a menudo hace inviables las elucubraciones doctrinarias, sin por ello dejar de ser tremendamente imaginativo e incluso precursor en abrir caminos, que impuso gracias a su liderazgo entre un sector importante de la comunidad y en una época decisiva de nuestra historia política.

Pedro Ibáñez fue contemporáneo de personalidades cuya acción pública es parte de la historia de estas últimas cinco décadas. Le tocó actuar en la primera línea del conflicto

planteado por las fuerzas del socialismo marxista, del comunitarismo demócrata cristiano y de un liberalismo ya exangüe, que trataba de mantenerse vigente en un país que caminaba firme al despeñadero a que lo conducía el colectivismo mayoritariamente predominante. En ese terreno y en ese momento, se alzó su figura con una fuerza y una convicción, que medida por sus efectos, adquiere características únicas, comparables a la trayectoria de los más ilustres líderes de la política chilena.

Pedro se formó en una escuela rigurosa, que ponía el acento en los valores del trabajo personal y privilegiaba el servicio a la comunidad como una responsabilidad inherente a la condición de empresario. Por consiguiente, su concepto de la política y del rol del dirigente político estaba íntimamente ligado a la obligación de preocuparse del bien común, no sólo como respuesta a un llamado de la vocación, que puede ejercerse o no, sino como un deber ineludible que no admite excusas.

A ese imperativo respondió Pedro desde que fuese llamado por el Presidente Alessandri a colaborar con su gobierno, cuando ya había consolidado una labor como empresario y dirigente gremial, que marcó rumbos en la región de Valparaíso.

Su primera responsabilidad en el servicio público fue la Presidencia del Banco del Estado. Era un cargo importante no sólo por la gravitación de ese organismo en el sistema financiero, sino muy principalmente porque había que emprender la tarea de separar a dicha institución de las influencias partidistas que desvirtuaban su rol y disminuían la confianza popular respecto a la imparcialidad y transparencia de su administración. Desde ese primer cometido, que no representaba en absoluto una recompensa sino por el contrario, que constituía un inmenso sacrificio personal, ya que significaba dejar de lado toda gestión en los negocios a los que siempre había estado vinculado, Pedro mostró todo el temple de carácter y el arrojo para enfrentar el servicio público que lo harían destacar en sucesivas etapas de su vida.

La primera característica de la acción política que podemos señalar en Pedro Ibáñez y

que irrumpe desde el mismo momento en que llega al servicio público, es su entereza para enfrentarse a los sectores económicos que buscan lograr situaciones de poder al amparo del Estado a través de los arbitrios que pueden influir en el comportamiento de los organismos del sector público en beneficio de dichos intereses económicos.

Su denuncia de la acción corruptora en los partidos políticos puede causar esta confusión de intereses, arranca de una doble convicción. En primer lugar, del sentido ético que debe primar en el empresario, en cuanto a no utilizar su poder ni su prestigio para obtener privilegios, y de la obligación que corresponde al dirigente político de jamás subordinar la independencia de su juicio ni la consecuencia de sus actos al juego de los intereses del poder económico. En Pedro, esta denuncia fue enérgica y perseverante y la mantuvo inalterable.

Pero si admiramos en él esa firmeza para clarificar los ámbitos de la acción pública que compete tanto a los políticos como a los dirigentes económicos en la defensa y representación de los intereses que les son propios y legítimos y la ponemos hoy de relieve, reconociendo que nadie antes que él la había planteado con tanta autoridad y consecuencia, no podemos menos que destacar otro aporte innovador en la acción pública de Pedro Ibáñez. Me refiero a su concepción del papel y funcionamiento de los partidos políticos.

Hay que decir de partida que Pedro fue un convencido de que el concurso de la gente de trabajo y la experiencia que proporciona la administración de los negocios, constituyen una contribución inestimable al funcionamiento de los partidos políticos. El sentido de realismo, la visión de largo plazo, la capacidad organizadora, la aptitud para analizar los comportamientos de la opinión colectiva, la determinación para zanjar situaciones y decidir las opciones más adecuadas que caracterizan la función

empresarial, representan contribuciones que se complementan y potencian con aquellas inherentes e insustituibles del hombre político, que elocubra la utopía y plantea el proyecto de ideas que dan sustento a la propuesta partidaria.

No dejó nunca de llamar a los hombre de empresa a asumir posiciones en el trabajo y organización de los partidos, así como tampoco dejó de enrostrarles la responsabilidad que les cabía en el descalabro de los partidos como consecuencia de quedar huérfanos o ausentes de tal colaboración.

Señalemos que hasta la irrupción de Pedro Ibáñez en el Partido Liberal de esa época, pero sobre todo desde la formación del Partido Nacional, que acometiera con el concurso entrañable de Víctor García, el estilo de trabajo, la concepción organizativa y la acción pública de los partidos de derecha cambió radicalmente. Pedro dio cabida a factores esenciales de la técnica empresarial puestos a disposición de los objetivos partidistas. El uso de las encuestas de opinión, la publicidad institucional, las estructuras funcionales de las campañas, fuesen éstas destinadas a lograr adeptos, enfrentar financiamiento o hacer frente a un objetivo electoral, todos estos recursos fueron asimilados y puestos en práctica bajo su inspiración y representaron sin duda elementos determinantes en los éxitos logrados. Este elemento de modernidad entró como un aire fresco en todos los rincones de las estructuras partidistas en las cuales Pedro tuvo gravitante participación.

Pero no dejemos de mencionar otra contribución fundamental de Pedro a la acción política. Ella emanaba de la vocación docente que fue otra de sus facetas más relevantes. Si su experiencia en el ámbito empresarial representó un aporte en la organización y funcionamiento de los partidos, su capacidad intelectual, su educación humanista, su profunda inquietud por los destinos del país y de la sociedad chilena lo

llevaron a proponer el estudio riguroso y la reflexión de la realidad como base fundamental de la labor política.

Esta facultad analítica que Pedro poseía en alto grado, le permitía una gran claridad mental que se traducía en un discurso coherente y en un manejo de ideas y argumentos cuya lógica y fundamentación los hacían irrefutable. Pedro no era amigo de improvisar, nó porque careciera de capacidad dialéctica, que la tenía en alto grado. Para él la cátedra, la tribuna o el ámbito que fuese el de su audiencia, constituía la oportunidad para dejar en claro y sin lugar a dudas su pensamiento. Poseía un instinto didáctico y un sentido de la responsabilidad, que lo hacía preparar cada una de sus intervenciones convencido de que lo que se escribía perduraba en el tiempo y en la inteligencia de su auditorio.

La consistencia doctrinaria que Pedro aportó a la acción política provenía ciertamente de las vertientes liberales y de los postulados que conforman la economía social del mercado. Si bien manejaba todo el bagaje conceptual que ha aportado la evolución de las ideas políticas y económicas surgidas en el presente siglo, Pedro no era propiamente un ideólogo, sino más bien un analista de las ideologías, que filtraba y controvertía las tesis sobre la base del más profundo realismo. Así como combatió de frente y sin tregua las ideas que estimaba perjudiciales para el desarrollo de la sociedad, denunció con igual franqueza y resolución la palabrería pseudo intelectual que utiliza sobre todo la ambigüedad de los conceptos para imponer sus objetivos.

Pedro ejerció la práctica tan poco frecuente en un político de saber escuchar las inquietudes que se le formulaban y de respetar las opiniones ajenas. Supo ser cauto para aconsejar, generoso para facilitar las soluciones, solidario para ayudar e implacable para desenmascarar la impostura o la falsedad. Respetó al adversario

político, sin perjuicio de reafirmar de manera intransable su opinión disidente. No siempre conquistó simpatías por sus actitudes, pero sí respeto. De ahí que en las colectividades que organizó o en los ambientes en que le correspondió actuar, se impuso como una persona confiable y consecuente. Por lo mismo, su figura logró la adhesión especialmente de la juventud y los sectores profesionales que recién se interesaban por la política, los que reconocieron en él un modelo de rectitud y transparencia, no siempre frecuente de encontrar en el ámbito de las colectividades políticas.

Su empatía con la juventud, por tanto, no provenía solamente de la experiencia que le procuraba el ejercicio de su vocación docente y académica; surgía sobre todo de la autoridad moral que los jóvenes le reconocían y de la calidad humana que transmitía, pese a la aparente severidad de su aspecto exterior. Este entendimiento fácil y cordial de Pedro con los jóvenes facilitó una relación mutuamente enriquecedora, que se tradujo en la formación de una verdadera legión de muchachos que estuvieron disponibles para asumir tareas en la actividad partidista, y dispuestos a capacitarse y profundizar en el estudio de las disciplinas y conocimientos que los habilitaran para ser dirigentes responsables, reflexivos y ejemplares líderes del futuro.

El constante trabajo de Pedro con los jóvenes en el plano de la formación y discusión de los asuntos públicos, era reveladora de la inquietud que le producía la permanencia de las ideas de la derecha y su capacidad de articular corrientes de opinión comprometidas con las metas y postulados de este sector del pensamiento político del país. Pedro no usaba eufemismos para definirse en el plano ni de las ideas ni de su posición partidista. Alertó con insistencia sobre la necesidad de que este sector consolidara la formación de un sólido movimiento, que agrupara a todos aquellos que se identificaban con una postura doctrinaria afín y el impulso que dio, primero a la

creación del Partido Nacional y después del gobierno militar, a la constitución de Renovación Nacional, así lo demuestran.

Este afán por procurar la unidad de los sectores derechistas, lo llevó a desplegar los mayores esfuerzos organizadores y de convencimiento y en esta tarea, se mostró como un dirigente que supo ser flexible y conciliador en procura de lograr los objetivos unitarios. Combatió el personalismo y demostró con su ejemplo que el trabajo en pos de una causa se realiza desde el puesto de trabajo que resulte más eficaz, aunque sea menos figurativo.

Hemos expresado que le correspondió un papel protagónico en el desarrollo de los acontecimientos políticos de estas últimas cinco décadas, los cuales enfrentó desde diversas perspectivas y responsabilidades: como dirigente gremial, en calidad de candidato y de parlamentario después, como inspirador de movimientos partidistas, como estrategia de campañas públicas y, en fin, desde cualquier posición en la que pudiera aportar sus capacidades. Pero sin duda, hay dos momentos claves que destacan en la labor política de Pedro Ibáñez. El desarrollo del gobierno de la Unidad Popular y su desmoronamiento y la etapa posterior al Gobierno Militar.

En la lucha que las fuerzas democráticas dimos contra el gobierno marxista, en la cual fueron tantos los que contribuyeron a formar opinión acerca de las consecuencias fatales que se cernían sobre la sociedad chilena de continuar dicho gobierno, Pedro asumió todos los roles que la urgencia de la situación requería. Primeramente, advirtió acerca de la impostura de una combinación de partidos de la cual, una gran mayoría, declaradamente no tenía la menor intención de respetar la convivencia democrática, y la ingenuidad y los peligros que entrañaban creer en la promesa de buena conducta que proclamaba dicha agrupación. Esa labor de alertar a la opinión pública y de

convencer a otros sectores políticos de la futilidad y peligro de confiar en los partidos marxistas, fue asumida por Pedro desde el Senado, los medios de comunicación, las reuniones públicas y donde sea que fuese necesario. Si otras personas destacaron en los campos del periodismo, la acción gremial, el debate parlamentario, la lucha callejera, la discusión legal o la querrela jurídica. Pedro, además de participar en todas estas trincheras desde la primera línea, puso no obstante el acento en el hecho esencial de que la Unidad Popular, más que el despojo de la propiedad o el control de la población por el desabastecimiento o la desarticulación del aparato productivo deliberadamente promovido, lo que verdaderamente pretendía era el cambio de raíz de la mentalidad del chileno a través de la destrucción sistemática de los valores espirituales que conforman nuestra identidad cultural y social. Así, denunció la manipulación semántica de los conceptos como una forma de debilitarlos para sustituirlos por aquellos que el marxismo claramente pretendía en su visión materialista e imperialista.

Derrocado ese Gobierno por la presión mayoritaria de los chilenos, Pedro Ibáñez, después de un período de inactividad, asume nuevamente responsabilidades políticas en el Consejo de Estado, en cuyo ámbito entrega un aporte reflexivo, conceptual y renovador a las discusiones destinadas a configurar una nueva institucionalidad. El hombre de acción no descansa al momento de avizorar el futuro del país cuando se produzca el reemplazo del régimen autoritario por el que ha sido definido para entrar a regir a partir de la década del noventa. En ese momento, Pedro nuevamente se entrega a la tarea de reagrupar a las fuerzas de derecha y a colaborar a definir el rol que deberán cumplir cuando se restablezca la normalidad de la vida democrática. Su ímpetu creativo se vuelca a la tarea de proponer nuevamente la unidad y constituir una sola fuerza política. Contribuye a formar Renovación Nacional como un partido moderno y dar contenido a su propuesta ideológica. Ambos objetivos se logran, sin

pensar el poco tiempo que vería esta unidad, que pese a todo, en el gran objetivo todavía perdura.

Si tuviese que resumir en dos palabras el aporte de Pedro como hombre político, diría que tuvo la extraordinaria virtud de saber unir la reflexión y la acción y que ambas condiciones las transformó en elementos inseparables de la labor política. Su capacidad intelectual y reflexiva permitió que se transformara en un inspirador de ideas, en un analista riguroso de la realidad, en un crítico acervo de la palabrería insustancial, en un articulador de conceptos y contenidos éticos, sociales e ideológicos, dando consistencia a la actividad partidista y elevando el rango de sus debates y decisiones. Pero a la vez, su capacidad de acción y su amplio conocimiento de hombres y circunstancias, lo transformó en un realizador efectivo que hizo de la faena política no un discurso ni una mera convocatoria, sino una tarea del día a día.

Esta semblanza de Pedro en su faceta política, escrita al impulso de las emociones que evocan tantos recuerdos de momentos estrechamente compartidos, y que se efectúa en un lugar tan querido por él, tengo la esperanza que servirá al menos para que los jóvenes que acá se forman y que por desgracia no alcanzaron a compartir con Pedro la experiencia de ser sus alumnos y confidentes, tengan una visión más aproximada del legado de Pedro Ibáñez al desarrollo de una etapa importante de la historia contemporánea de nuestro país. Historia controvertida y dramática, que levanta interrogantes y controversias, pero que como sucesión de hechos humanos, lleva la impronta de las personas que fueron sus protagonistas.

Quienes tenemos una posición en el espectro político de Chile, que nos sitúa en el lugar desde donde se ha soñado con una patria más generosa y libre, reconocemos que nuestras certezas se han afirmado y que las esperanzas de un mejor futuro son todavía posibles, porque compartimos el legado que nos dejara Pedro Ibáñez, pero sobre todo, porque sabemos que ésta herencia está hoy en manos de gente joven, que aprendió de él por sus ejemplos de vida y se nutre de su espíritu idealista y visionario

DISCURSO CEREMONIA EN HOMENAJE A
DON PEDRO IBÁÑEZ OJEDA

Carlos F. Cáceres C.

Viña del Mar, 12 de agosto de 1999

En el atardecer del pasado 30 de junio, el valle de Colunquen, mostraba todo el resplandor de la naturaleza. La montaña nevada, los arreboles que formaban distintas figuras en un cielo claro y la vista de una tierra que germinaba era, sin lugar a dudas, el entorno más adecuado para los funerales de una persona que como don Pedro Ibáñez Ojeda supo reconocer en el orden de la naturaleza todas las posibilidades de una vasta obra creadora.

Don Pedro creyó en la capacidad de los individuos e hizo suya la idea que “los seres humanos, las sociedades humanas no son estructuras que se crean ni mecanismos que se forjan. Son plantas que crecen y como tales, deben ser cuidadas”.

Tuve el privilegio de conocer a don Pedro en la primera etapa de mi juventud y transitar junto a él en las más variadas circunstancias de donde aprendí de su nobleza de alma, de su recia voluntad y de su capacidad para cristalizar iniciativas de bien. Don Pedro fue para mí el forjador de actitudes, el inspirador de tareas, el consejero y el hombre de sabiduría que me orientó a colocar cada situación en su debida finalidad. Por ello, elevo mi más profundo agradecimiento al Señor por haber permitido que nuestros caminos se encontraran.

Me corresponde en esta ceremonia, en que como Universidad Adolfo Ibáñez expresamos nuestro reconocimiento a las tareas de inspiración y realización que llevara a cabo don Pedro, en la que para él constituyó una de sus obras de preferencia, formular algunas reflexiones sobre su dimensión como educador.

El concepto de educación encierra algo que fue muy propio en la vida de don Pedro: la consecuencia entre el pensamiento y la acción. Para quienes recibimos sus enseñanzas, su acción, constituyó siempre el más claro testimonio de que en su persona nunca se produjeron dobleces que llevaran a la confusión de sus discípulos. Así, don Pedro, marcó un sello distintivo, delineó un carácter que es probablemente lo que genera la mayor satisfacción a quien siente una vocación por la tarea de la formación.

Don Pedro recibió como herencia de su padre la misión de impulsar la creación de una entidad de estudios superiores, en la cual se forjaran las actitudes y la capacidad profesional de los altos dirigentes de negocios. A ello, don Pedro, volcó todo su ímpetu y desplegó un notable esfuerzo, entusiasmo y generosidad para conducir la iniciativa que hoy refleja un exitoso resultado. Es en la Escuela de Negocios de Valparaíso donde trasciende la capacidad creadora de don Pedro Ibáñez, en el campo de la formación. Allí se perfila su más auténtica vocación de educador. Allí está la obra que trasciende al hombre que la inspira, porque en su fundamento como institución queda registrado no sólo la consecución de un alto propósito sino que además, se le da vida en la generosa y permanente entrega para que ésta se oriente siempre en el rumbo definido.

Así entonces, en cada rincón de lo que originalmente fue la Escuela de Negocios de Valparaíso, hoy Universidad Adolfo Ibáñez, se siente el aporte de don Pedro, en cuanto a su preocupación por reconocer el valor de una formación profesional de excelencia como también, su inquietud para colocarla en una dimensión de humanidades y de valores morales, lo cual ha pasado a constituir el sello de nuestra tarea universitaria. Y esto fue así porque don Pedro, en su pensamiento y en su acción, perfiló siempre la más profunda convicción de que el ser humano en su actuar tan rico en potencia no puede dividirse en acciones que no obedezcan a un pensamiento integral, en el cual la persona humana le dé contenido a su misión de trascendencia.

Quienes fuimos sus alumnos recogemos hoy su enseñanza en la cual, junto con estimular la fecundidad de mentes innovadoras, convocó en ellas un sentido de responsabilidad superior que cada día más apreciamos.

En el año 1990, cuando la Universidad Adolfo Ibáñez cumplía el primer año de su existencia como tal, la Junta Directiva decidió otorgarle a don Pedro el título honorífico de Profesor Emeritus. En esa ocasión tuve el grato honor de pronunciar el discurso de incorporación y destacué que don Pedro Ibáñez Ojeda había sido un profesor eminente no sólo en el campo específico de su materia sino también, en el reflejo de “esa característica tan propia del auténtico profesor; aquél que busca el conocimiento, que reflexiona sobre el mismo, que lo hace concordante con la realidad vigente y lo transmite en una acción fecunda”.

Don Pedro al agradecer la distinción otorgada hizo un alcance que hoy, en esta solemne ocasión, merece recordarse como una nueva lección. Nos dijo don

Pedro: “La trayectoria de una obra, el curso de una acción, de una vida, se considera generalmente fruto de quien aparece como su protagonista. La verdad, sin embargo, es algo diferente y mucho más compleja. Cuando Ortega sostenía, definiéndose: yo soy yo y mi circunstancia, abarcaba en esa concepción de su ser personal, los factores infinitos e imprevisibles que conforman, inducen, complementan o limitan, modifican o cooperan a la ejecución de nuestros proyectos y al curso de nuestras vidas” y su espíritu inquisitivo lo lleva a preguntarse qué hacer, cómo orientarse y manejarse en este mundo de hoy. Y la respuesta que hace suya es la de un eminente político por quien él sentía una gran admiración, Winston Churchill: “la única forma en que un hombre puede permanecer constante en medio de circunstancias cambiantes es cambiando con ellas, pero preservando, sin embargo, la misma finalidad dominante”. ¡Qué notable sentencia! Y cuánto de ella se refleja en la trayectoria de don Pedro Ibáñez.

Allí está la parte más significativa del noble legado que nos deja: la firmeza de principios, la energía de la voluntad, la tolerancia con el límite de no ceder en lo que estima lo sustantivo. Pero, simultáneamente, abierto a la exploración, a observar la riqueza potencial que contiene la capacidad natural de los individuos. Es ello lo que hay que ordenar y estimular y, paralelamente, dejar fluir, generando las condiciones para que la naturaleza humana, con disciplina, con rigurosidad, vaya transcurriendo en su acción creadora.

Y ésta, nos dice don Pedro, es: “la tarea esencial de la educación, la formación del carácter en todos los variados planos en que la vida humana se desenvuelve: en el dominio y utilización de los conocimientos, en el plano

espiritual, en el afectivo, en la fuerza del ánimo, en las condiciones que conforman un perfil individual, el estilo y la conducta, el comportamiento moral de las personas. Lo anterior constituye - nos reitera – la finalidad máxima de la educación y, por lo tanto, la cima de la tarea en la que todos estamos comprometidos”.

Así entonces, en la tarea de don Pedro como educador, podemos detectar ese ánimo siempre tan amplio y, simultáneamente, tan profundo y que es lo más propio de reconocer la complejidad de una naturaleza humana que debe formarse para el ejercicio de su responsabilidad individual. La riqueza de la obra creadora del Señor que se ha transmitido como colaboradores hacia cada uno de nosotros, debe hacernos sentir ese profundo sentido de responsabilidad que don Pedro tuvo la capacidad de perfilar con extraordinaria nitidez. En ella, él experimentaba un gozo, una satisfacción y también el temor que estimula la consecución de altos propósitos. Posición además, realista que reconoce hasta dónde la voluntad tendrá la capacidad de enfrentar la contingencia compleja y así, don Pedro, recuerda en cada instante la poesía de Calderón de la Barca: “quien del riesgo huye, al riesgo va”. De esta forma, hace más categórico su planteamiento acerca de la vulnerabilidad que caracteriza la frágil existencia del ser humano y que por lo mismo, hace indispensable el que se fundamente en principios sobre los cuales debe haber plena convicción.

Don Pedro, en cada una de las etapas en que lo vimos en la vida de nuestra institución, fue formulando los énfasis que revelaban el proceso de maduración interna que sentíamos como Escuela de Negocios.

En una primera instancia, el prestigio debe provenir de un conocimiento en el nivel de excelencia y para ello, la exigencia de profesores de la más alta categoría, pero animados y unidos en un sentido de misión. En esa perspectiva es donde don Pedro coloca su preocupación en la contratación de profesores con amplia formación universitaria y, simultáneamente, invita a destacados empresarios para que en el conocimiento de la realidad, ellos den un testimonio de la complejidad que está envuelta en la vida de los negocios. Luego, en un proceso de maduración y de reflexión, la institución debe comenzar a abarcar dimensiones más amplias, en la cual se cree la opción de una formación en lo más propio del ser humano, su humanidad y la vinculación de ella a la tradición de su historia. Allí, don Pedro, perfiló un curso que ha tenido la mayor trascendencia, la Trayectoria y Análisis de la Sociedad Occidental. Con especial prolijidad analizó cada una de las materias y supo reunir a los profesores mejor calificados. Para entender la realidad contemporánea, era indispensable reflexionar sobre las raíces de nuestra cultura, cómo se forjó nuestra identidad nacional y cómo las adversidades que en distintas circunstancias debimos afrontar fueron configurando una actitud en que el fundamento moral aparece como necesario e indispensable. Don Pedro, como actor y testigo de una parte de nuestra historia, siente el debilitamiento o muerte de las ideologías y lo explica porque los espejismos de esperanzas han comenzado a dar paso a exigencias tangibles e inmediatas y sentencia en forma categórica: “El debilitamiento de las ideologías ocurre, porque hoy resulta mucho más práctico prescindir de esa intermediación ideológica. Lo que ahora verdaderamente importa es la satisfacción pronta y real de las necesidades concretas. El pensamiento ideológico, el régimen político, el partido y hasta el gobierno mismo son secundarios. Gravitare sobre todos ellos las ansias urgentes de ver satisfechos los anhelos materiales

específicos. Son esos anhelos los que impulsan la preeminencia de la economía, la importancia de los empresarios, el menor interés por las confrontaciones partidistas, y también, - cuidado - el grave debilitamiento de los valores del espíritu”.

Allí entonces, una nueva y categórica enseñanza. La sociedad ha colocado en un lugar preeminente a los empresarios, pero para que ellos ejerzan su visión de dirigentes requieren de la cultura y de la moral. Conocer de la tradición y apreciar igualmente que el prestigio auténtico será finalmente encontrado en la legitimidad ética de su acción. Por último, cuando se ha afianzado lo que se estima como fundamento para la existencia de una institución universitaria, don Pedro participa activamente en la gestación de lo que hoy es la Universidad Adolfo Ibáñez. Tiene entonces, la oportunidad y la satisfacción de observar su propia realización en cuanto a educador.

Hace algunos años atrás, un destacado pensador español, Aquilino Polaino, nos habló del sentido estético, épico y ético de la vida empresarial. Al reflexionar sobre la vida de don Pedro como educador, confluyen estas tres categorías en un todo integral, lo cual constituye otro de sus más importantes legados. Don Pedro apreció la belleza de la creación empresarial y manifestó preocupación por los estilos y por la generación de ambientes que sirvieran a la tarea educacional. Para él, las formas tuvieron importancia porque, a fin de cuentas, la dimensión estética no puede sino responder y reflejar lo que se origina en la intimidad. Supo igualmente apreciar el carácter épico de la vida empresarial, en que el sentido heroico implica la actuación con coraje para defender principios. Una vez más, en su tarea como educador nos entregó el ejemplo de su vida, en que por sobre los acomodos y comodidades, la batalla

había que darla. Jamás doblegar los espíritus porque la naturaleza está convocada a un destino superior. Por último, lo ético es lo propio en la vida de don Pedro. Se educa y educa en la verdad. Con ella no hay transacción, es en ella donde debe fundamentarse la fortaleza de los individuos y de la sociedad. Es ella, en definitiva, la fuente de la auténtica libertad.

Lo propio de la ética son las virtudes, de la estética lo bello, de la épica el valor. Don Pedro en su acción como educador, dio un testimonio de cada uno de ellos.

Como Universidad, queremos hoy día expresar el reconocimiento a nuestro Profesor don Pedro Ibáñez Ojeda. Cuando él descansa en el sueño de los hombres de paz y de justicia y que en su vida se han acercado al perfeccionamiento en el Señor, cabe la más profunda gratitud a quien fuera el inspirador de una tarea y realizador de la misma, a la cual se entregó con entusiasmo, vocación y decisión. En ella habremos de seguir construyendo. Ha dejado, don Pedro, la firmeza de un cimiento, que como toda obra de trascendencia va más allá de las personas, porque quienes la han construido, han tenido la capacidad de darle vida y de forjar en ellas una tradición que servirá de raíz permanente a los nuevos frutos. Al terminar su vida docente, don Pedro, en la última clase que nos entregara como Profesor, formuló reflexiones que día a día aparecen de la mayor significación. Recordó a Octavio Paz, que en uno de sus escritos dice: “el ahora es apenas un puente entre el ayer y el mañana, entre el pasado que llevamos con nosotros y el futuro incierto que debemos despejar”. Sentimos confianza, porque en el pasado hemos tenido junto a nosotros la figura y la conducta de don Pedro Ibáñez y para enfrentar el futuro incierto tenemos también el testimonio de

una fortaleza que nos enseñó a no claudicar y a no doblegarnos. Su ejemplo estimula la voluntad para construir ese puente y como él nos demandó en cada instante, tenemos que asumirlo y al hacerlo, debemos acometerlo como él lo hizo: con elevación, con competencia y con fe.

PEDRO IBÁÑEZ OJEDA
Empresario, educador y político

Por Gonzalo Ibáñez S.M.

Recreo, 12 de agosto de 1999

Hoy, en mi nombre, en el de mi hermana y hermanos y en el de toda mi familia quiero expresar, antes que nada, un profundo agradecimiento por este homenaje que se rinde a nuestro padre, don Pedro Ibáñez Ojeda. Sin duda, hay detrás un motivo de gratitud porque esta Institución, la Universidad Adolfo Ibáñez y quien le anteciediera, la Escuela de Negocios de Valparaíso, tiene mucho que agradecer a quien es hoy homenajeado. Por eso no mengua la nobleza del gesto ni tampoco los otros motivos de homenaje que van más allá del vínculo que unió a nuestro padre con estas instituciones. Por eso, reitero nuestra gratitud, en cuanto, además, el homenaje a nuestro progenitor honra muy especialmente a quienes somos sus hijos. Y lo reitero no sólo a la Universidad Adolfo Ibáñez sino también a los expositores que, en esta ocasión, con brillo, medida y profundidad han expuesto facetas muy importantes tanto de su personalidad como de su actividad pública.

Empresario, educador y político fueron esas facetas; sin duda, las más destacadas de su personalidad. Con todo, debo notar que, habiendo sido todas muy notables, es difícil discernir cuál de ellas fue la preponderante. A fin de cuentas creo que en toda su vida y en toda su actividad él dejó la impronta de estos tres rasgos.

Fue siempre político, en cuanto no sólo en aquella época en que ejerció sus cargos propiamente políticos, como el de Senador, tuvo preocupaciones de bien público; al contrario, toda su vida estuvo marcada por esas preocupaciones. Desde luego, nunca concibió la actividad empresarial como medio para alcanzar intereses privados distintos del interés común sino como un medio importantísimo, privilegiado, para alcanzar el bien de la nación y el de sus habitantes. A quienes la ejercían, haciendo honor al nombre de empresarios, los consideró como preclaros servidores públicos. Y fue por razones de bien público y no sólo sectoriales a una determinada rama de la actividad empresarial, que asumió cargos de representación gremial tanto a nivel local en Valparaíso, a nivel nacional en Chile y, por último, a nivel internacional en el conjunto del continente americano. Para él, defender los fueros de la actividad empresarial apuntaba a salvar al país del desastre que significaba la estatización de la economía. La tarea gremial fue el camino que él empleó en una etapa de su vida para aportar un grano de arena en la defensa de la empresa como factor de bien común contra tanta mediocridad y sordidez en la política. Y ese y no otro, fue el motivo que lo impulsó a crear la Escuela de Negocios de Valparaíso, seguro como estaba de que el bien del país dependía de la formación integral de los futuros empresarios.

Fue, por otra parte, empresario, y muy buen empresario, no sólo cuando le correspondió dirigir empresas industriales, comerciales o agrícolas, sino siempre. Cuando, por ejemplo, habiendo ingresado a la arena política hubo de reorganizar las fuerzas que él representaba creando un nuevo partido político o cuando hubo de enfrentar muy difíciles actos electorales donde se jugaba la subsistencia de su sector. Pero, yendo más allá, siempre concibió la gestión del país como una gestión netamente empresarial: el país era una tarea que

emprender y que sacar adelante. Asumir esa tarea al margen de los criterios y de las capacidades empresariales le pareció siempre un despropósito, cuya desgraciada vigencia por largas décadas constituyó a sus ojos una de las explicaciones fundamentales del crónico atraso y subdesarrollo de nuestra patria. Cuando, por otra parte, decidió abordar el trabajo educacional lo hizo no sólo creando una Escuela para formar empresarios, sino abordando la gestión de esa Escuela como una empresa, en un momento en que a todos parecía evidente que las instituciones universitarias debían vivir a base de los subsidios que entregaba el Estado.

En fin, toda su vida fue un constante educar. Fue. Por cierto, visionario educador cuando fundó esa Escuela y la hoy Universidad Adolfo Ibáñez o cuando hacía clases en ellas. Fue un educador que se adelantó a su tiempo incorporando los estudios de Humanidades en una dimensión hasta entonces desconocida en los programas de formación profesional y, más aún, cuando no contento con el aporte que ellos hacían ahí, decidió crear un programa especial, el que ahora es el curso de Trayectoria de la Sociedad Occidental. Pero erraríamos si circunscribiéramos su labor educativa a esos campos solamente. En verdad, él educó siempre. Educó ejerciendo sus campos empresariales: ¿Cuántos no son los que dicen que se formaron en la vida profesional trabajando a su lado, motivados por su ejemplo, iluminados por sus consejos, entusiasmados por sus decisiones?. Educó en el ejercicio de sus cargos políticos por la brillantez y profundidad de sus intervenciones, por la disciplina y acuciosidad con que trabajaba en las comisiones del Senado; por la inteligencia y franqueza con que apoyó siempre a quienes le pedían consejo u orientación en estas lides.

En resumen, una personalidad multifacética donde la explicación última de toda una labor enorme y variada hay que ir a buscarla en una vocación de servicio público que no hizo sino crecer en el tiempo y que sólo el inexorable paso de los años y sus consecuencias en la salud de las personas pudo en un momento abatir. En su caso, estas tres facetas se dieron en una intensidad y en una profundidad excepcionales; no es habitual encontrarlas reunidas en una persona con la fuerza que tuvieron en nuestro padre. Con todo, hay un rasgo que siempre acompañó a estas tres facetas y que contribuyó a dar a su ejercicio un especial brillo. Ese rasgo fue la excepcional cultura de que siempre dio muestra y cuyos orígenes hay que buscarlos desde luego en su hogar familiar, en esta casa de Recreo, pero también en la sólida formación con que en este tiempo, al menos, dotaba a sus alumnos el Liceo Eduardo de la Barra de Valparaíso. Enseñanza de maestros notables y fina personalidad para obtener de esas enseñanzas su máximo provecho constituyeron los pilares sobre los cuales él construyó una cultura que llamaba la atención de cualquiera que lo tratara, aún en los asuntos más superficiales.

Dotado de las facilidades para los idiomas, no tardó en aprender inglés y francés, al paso que el alemán lo había aprendido ya en el Liceo compartiendo con el grupo de profesores de esa nacionalidad que enseñaba diversas materias en las aulas de ese establecimiento. Después, se agregarían avances no menores en italiano y portugués. Dotado también para la ejecución musical, un muy buen profesor -alemán, como se comprenderá- y una espartana disciplina hicieron de él un avezado pianista que, hasta muchos años después, no se arredraba ante complicadas obras de Beethoven, Brahms, Schubert o Mozart. Profundo conocedor de la literatura clásica española, recitaba de memoria, hasta poco antes de partir de este mundo, trozos completos de las

más insignes poesías escritas en nuestro idioma, y la biblioteca que con nuestra madre formaron daba cuenta de un gusto extraordinario y con qué facilidad ambos se movían en los distintos géneros literarios de los idiomas ya mencionados.

Nuestro padre tenía autores favoritos que lo proveyeron siempre de motivo de reflexión, de conversación y de entretención. Entre lo chilenos podemos destacar a Francisco Antonio Encina y a Joaquín Edwards Bello y, en los extranjeros, al portugués Eça de Queiroz, al español José Ortega y Gasset y al francés Marcel Proust. Recuerdo como si fuera ayer, estando yo en Francia con motivo de mis estudios de doctorado, lo acompañé en una peregrinación proustiana por los lugares más destacados *de A la recherche du temps perdu*, la obra más famosa de este último autor. El gusto por la buena pintura escultura no iba a la zaga, como tampoco el gusto por la buena comida. Pero, el campo donde se dio tiempo para ejercer una efectiva autoridad fue el de la arquitectura y el del paisajismo. Estos mismos edificios y el jardín de esta Universidad constituyen buena muestra de lo que vengo diciendo.

Este gusto por las bellas artes lo proyectó también en una notable obra de mecenazgo y en el hecho de que, donde pudo, dejó una huella de esa virtud tan olvidada en nuestro medio cual es la **magnificencia**. Virtud que constituye un prudente medio entre los vicios extremos de la ostentación y la vana prodigalidad, por un lado, y la cicatería y la mezquindad, por otra. Fue generoso sin ser nunca botarate y le gustaba no sólo hacer bien sus obras sino, además, con distinción, sin fijarse muchas veces cuánto ella podía subir los costos de esas obras. Pero, hoy vemos cómo ese gasto, que en su momento

pudo parecer excesivo, financiaba precisamente lo que ha hecho perdurar esa obra.

En fin, su vida fue corta y larga. Larga si tenemos en cuenta no sólo un número de años sino la cantidad de cosas que efectivamente hizo en ella. Pero fue corta, si la miramos desde la perspectiva de las cosas que hubiera querido abordar y para lo cual, sin embargo, el tiempo se le acabó. Para su gusto, le quedó mucho por hacer; pero, en todo caso, si Dios, examinando su vida, encuentra motivo para fruncir el ceño no será porque nuestro padre no haya desplegado sus mejores esfuerzos para multiplicar casi hasta el infinito sus talentos que con la divina generosidad se dignó a dotarlos.

Viña del Mar, 12 de agosto de 1999.